

## La Filosofía del Lenguaje y el nivel último «consignificado»

### I. *El Lenguaje, signo.*

Todo signo requiere algo significado. Así como sería sin sentido hablar con términos relativos sin algo relacionado a algo, así lo sería hablar con signos sin tener en cuenta que hay algo significado.

No puedo entender la expresión: «A es mayor que...», sin que añada el término de esta «mayoridad»; a no ser que tome la expresión «A mayor que...» hablando de ella en cuanto es una expresión o en cuanto es una relación (es decir, tomándolo en «segunda intención»), es decir, en un sentido en que la relación ya no relaciona, ya no es relativa, sino algo absoluto; o sea, no como aquella expresión relativa (primera intención) con que expresaré que lo significado por «A» tiene «mayoridad» respecto de lo significado por «B» (o que pueda significar «B», debidamente sustituido por una constante).

El Lenguaje está formado por signos, que en cuanto tienen significación dicen relación a algo significado. ¿Qué es su significado?, ¿es siempre de igual naturaleza?

Claro está que puedo contestar a esta pregunta de modos muy diversos según lo que quiera decir. Gottlob Frege, en los tiempos en que se abría paso la Lógica simbólica, intentó una clarificación distinguiendo entre «Sinn» y «Bedeutung» (1). Después de él, contamos con múltiples análisis sobre el significado, como los que desarrolló R. Carnap o bien E. Husserl en sus *Investigaciones lógicas*; y tras Husserl se han multiplicado asombrosamente las investigaciones sobre el significado, por cierto no todas concordantes entre sí, sino muy al contrario.

---

(1) FREGE, Gottlob: *Sinn und Bedeutung*. Trad. castellana *Sentido y Referencia en la lógica de Gottlob Frege*. Madrid (Tecnos) 1972. — Véase mi recensión en *ESPÍRITU* 21 (1972), p. 156.

Pero en medio de tanta diversidad y hasta complicación, por lo menos parece claro que cuando hablamos del signo que es el Lenguaje, podemos distinguir estos sentidos fundamentales:

1.º Aquello que tomo como instrumento para significar: palabra, concepto mental, etc., mirado en lo que *en sí mismo es*; por ejemplo, si digo: «Antonio es padre de Luis», la palabra «padre» es un signo que está en mi mente, en el papel, etc., y está dotada de un «sentido», que los antiguos escolásticos llamaban «intentionalis» («tendit in...»).

2.º Puedo entender el signo no en cuanto en sí mismo sea una vibración del aire, unos trazos sobre el papel, una realidad en mi mente, sino puedo entender el signo *en cuanto signo*, es decir, formalmente, o sea, por razón de su significación; entonces diré que «A es padre de L» es una expresión que no tendría sentido (es decir, que no sería signo) sin entender «A», «L» y la «paternidad» por la que quedan referidos de una manera particular ambos.

3.º Pero puedo tomar también en varios sentidos o significados esta «paternidad»: ante todo por la *significación* misma (el hecho de que el signo signifique).

4.º O bien por «*el*» *significado*: la paternidad, por la que «A» es llamado «padre».

5.º O bien por la *realidad extramental existencial* (muy diversa según los casos), importada por la atribución de este significado: digamos «*lo*» *significado*; que en este caso será el conjunto de aquella realidad concreta que es el hombre «A» en cuanto hay en ella la realidad existencial requerida para poder atribuirle el predicado relativo de «paternidad» respecto de «L».

Este último aspecto del Lenguaje, que pone la atención en el objeto existente en cuanto portador «del» significado, ofrece una variedad muy grande de «objetos» significados. Por ejemplo:

A) A veces designaremos a un hombre existente (o «que» existe; «quod», decían los escolásticos antiguos); por ejemplo, «A existe»;

B) Otras veces designaremos un principio «con que» (o «quo») existe aquel existente; se trata, pues, de algo «existencial», es decir, que se halla dentro del campo de lo que me es ofrecido por los sentidos o por los instrumentos de laboratorio, «con que» existe el existente; por ejemplo, «la corporeidad de A»; los elementos químicos que lo constituyen; su calor; su energía, etc.

C) Otras veces designaremos algo «con que» existe aquel existente, pero algo que no es de orden existencial; por ejemplo si digo: «el hombre A es *divisible*», la «divisibilidad» o propiedad de poder ser dividido no es algo que se dé en él como el calor o el color;

D) Hay una amplísima zona en que avanzando más lejos podrá con sentido hablar de que «dos dedos de A, más dos dedos de A, son cuatro», caso en que «lo» significado no «existe», ni como co-

principio existencial, al modo de su calor, ni expresa algo que radique en él a la manera como decía que su mano es divisible, sino con una amplitud mucho mayor, que se extiende en una zona, digamos, de «existencia matemática», cuya realidad intuimos, hasta sin requerir ningún hombre existente o posible: «raíz cuadrada de dos»; «raíz cuadrada de menos dos»; «si todo A es B, necesariamente algún B es A», etc. Y así podríamos ir añadiendo sucesivamente niveles en que el «objeto» significado, cada vez se aleje más de «aquello concreto» que existe, el hombre A.

Aunque para una correcta Filosofía del Lenguaje es indispensable hacer un recuento o clasificación coherente «del» significado y de «lo» significado, ahora no obstante ya nos basta con lo que acabamos de decir, para poder aludir después a ello, pues es otra cosa la que pretendemos en el presente estudio.

El punto en el cual ponemos ahora nuestra atención es éste: ¿qué *unidad* o comunicación hay entre todos estos diversísimos casos de significación para que el Lenguaje verdaderamente pueda ser signo?

## II. *La Unidad de la significación, a través «del» significado y de «lo» significado.*

Sería candoroso pretender «separar», cuando se trata de «clasificar» o dividir las zonas del objeto significado.

Es decir, no puede el hombre colocar como enteramente heterogéneas unas zonas «del» significado y de «lo» significado, respecto de otras zonas, sino que ha de reconocer que entre todas ellas hay algo de íntima y profunda unidad o conveniencia, a pesar de la heterogeneidad de significado en un caso y en otros.

La razón de esta profunda coherencia entre todos estos casos se ve porque es el mismo hombre quien formulará juicios unitarios sobre *todos ellos* (por ejemplo diciendo que «todas son ciencias», que «son de distinto nivel semántico», que «son coherentes o no lo son», etc.) Por tanto, o no tendrá valor de verdad su juicio unitario sobre ellos, o no explicará coherentemente por qué lo tienen. Pero es un hecho, que habla conscientemente de todos ellos y que su Lenguaje habría de tener un sentido, hasta para que tuviera sentido el aserto con que verdaderamente dice que no lo tienen.

Que el hombre formula juicios unitarios *sobre todas* las zonas o niveles o miembros en que ha dividido «lo» significado, es evidente, porque atribuye a todos ellos unitariamente algo cuando dice: «ningún objeto significado puede en el mismo sentido *ser* y *no-ser*». No se trata de que meramente el hombre «no pueda pensar» en el mismo sentido «A» y «No-A», sino que «el» significado y «lo» significado no puede ser «A» y «No-A» *en el mismo sentido*. Si alguien para contradecirme pone al modo hegeliano la tesis «A» y le opone la antíte-

sis «No-A», hasta entonces ocultamente o subrepticamente, sigue admitiendo que no habría antítesis sino precisamente en cuanto «A» (que él opone a «No-A») sigue siendo «A»; pues de lo contrario, ni siquiera habría antítesis: no diría nada, no significaría nada. El signo que no significase nada, ya no sería signo. Por tanto al oponer a una tesis una antítesis, hasta para que haya antítesis ha de presuponer que «A», en cuanto «A», es «A», es decir *en el mismo sentido*; y solamente le opone «No-A» a «lo» significado (no «al» significado) en cuanto lo tome en un sentido *en parte diverso*. Precisamente este problema que estudia cómo puede un signo designar un contenido que sea en «parte diverso», permaneciendo «en parte el mismo» es el que estudiamos con el nombre de Analogía: ¿cómo puede un mismo signo significar «el» contenido, que en parte sea diverso en cuanto se significa «lo» contenido?

Husserl en sus *Investigaciones lógicas* dedicó al principio de ellas bastante atención para demostrar la incoherencia del psicologismo que confundía los dos sentidos más elementales del signo intencional que es la palabra, expresión de un pensamiento: los psicólogos confundían lo que antes hemos designado con el n.º 1 y con el n.º 2. «Entonces las ciencias exactas serían ¡muy inexactas!», decía Husserl, y no podría evitarse coherentemente la contradicción del relativista o escéptico.

Aunque Husserl hizo buena labor combatiendo el psicologismo y distinguiendo múltiples sentidos en el signo intencional, no parece haber llevado coherentemente a fondo sus análisis en aquellos casos en que no distinguía bien entre el sentido n.º 4 y el n.º 5: la esencia o εἶδος ¿era un universal, que como universal diese exhaustivamente cumplimiento a la significación, o remitía en *una instancia ulterior*, a una consistencia existencial? Por esto la fenomenología husserliana no puede explicar nunca el devenir histórico. En algunos de sus escritos hay una incoherencia, por la cual parece que a veces habla como si el signo meramente designase el εἶδος y otras veces designase el εἶδος «existencializado» *en su objeto* o en *algún* objeto: ¿dónde? La última etapa de Husserl, en que cayó en un idealismo monadológico, tampoco resolvió el problema, porque su idealismo monadológico no era establecido ¡monadológicamente! —permítaseme esta expresión— sino trascendentemente (es decir, ya habría que renunciar a una «strenge Wissenschaft» de lo meramente «dado», sin inferencias).

En efecto, por una parte, luchando contra el psicologismo, veía que había de dar un carácter absoluto a sus esencias universales; pero si era un «yo» monadológico quien proyectaba esta zona ideal, ¿por qué *coincidía* el orden absoluto de εἶδος proyectado por «mi» yo trascendental monadológico, con el proyectado por «otro» yo? O sea, ¿por qué yo proyectaría: «el Todo, en cuanto Todo, es *mayor* que su

Parte, en cuanto Parte» y otro «yo» no proyectaría sus εἶδη así: «menor que su Parte en cuanto Parte»? (2)

En este punto ya noté en otra ocasión que la posición de Husserl me parece sumamente ingenua y nos confirma en lo que voy diciendo (3); porque lo único que Husserl podría deducir (después de su reducción a la conciencia trascendental) es que la esencia «universal», es tal *dentro del ámbito de su conciencia*; pero, ¿por qué excluye que su universalidad no pueda ser destruida en la universalidad que la esencia tendrá en la conciencia de otro, sino porque subrepticamente supone que ambas están unidas entre sí por «lo» significado, de estratos más profundos que lo meramente dado, *en cuanto dado*, que englobe a ambas en una unidad superior?

Con frecuencia los autores del Análisis lógico del Lenguaje han esquivado que se plantee este problema fundamental; han querido evitar que se les plantee. Pero esquivarlo, evitarlo, no es resolverlo: queda en pie su falta de fundamentación.

Por ejemplo, a propósito de Wittgenstein, indiqué en el Congreso Internacional de Viena en 1968: si varios hombres colocados en la planta baja de un edificio discuten si se puede subir al primer piso, no tiene sentido que uno de ellos suba al primer piso y desde arriba les diga que él ve que no se puede subir; pues esto implica que si él ha subido para decirles que no se puede subir, se puede subir (4); ni sirve decir como Wittgenstein que después de subir ha quitado la escalera (5), porque esto en tanto tendría sentido en cuanto condenando la condición de «hombre», él contase con medios de «super-hombre», cosa que no ha demostrado.

Por esta razón el mismo Wittgenstein en su evolución posterior, tal como aparece en sus escritos póstumos, ya había desechado aque-

(2) No se diga que este principio no vale en matemáticas, acudiendo a la noción de transfinito; por ejemplo que la serie 2, 4, 18, 36... sería infinita y por ello no sería mayor que esta otra, 1, 2, 3, 4... La primera serie, *en cuanto serie*, es en este mismo sentido mayor que la segunda; que *en cuanto conjunto transfinito*, por esta otra razón, o sea en este otro sentido no pueda llamarse «mayor», no niega que en el mismo sentido en que es mayor no deba serlo, sino lo toma en otro, en que ya no será mayor.

(3) TUGENDHAT, Ernst: *Der Wahrheitsbegriff bei Husserl und Heidegger*. Berlín 1967. — A propósito de esta obra escribí en «Selecciones de Libros, S. Fco. de Borja» VI (1969, n.º 11), p. 66-71.

(4) *La cuestión metafísica más decisiva: ¿hasta dónde llega la transcendencia?* ESPÍRITU 18 (1969) 20-25.

(5) WITTGENSTEIN, L.: *Tractatus Logico-Philosophicus*. London 1922, 2.º ed. 1933; n.º 6.54; Er muss sozusagen die Leiter wegwerfen, nachdem er auf ihr hinausgestiegen ist.

lla ingenua posición antimetafísica de antes (6). Es decir, puede un analista de cuño neopositivista, extenderse indefinidamente en un proceso meramente sintáctico, digamos horizontal: pero no puede así autofundarse, ni justificarse coherentemente sin acudir a este estrato más profundo, que no quedaba eliminado por el mero hecho de silenciarlo. Sencillamente, él permanecía en una zona más superficial.

Pero queda latente el problema: no puede justificar la exclusión del relativismo (o lo que es lo mismo, no puedo proceder con el presupuesto, al menos tácito pero actuando, del carácter «absoluto» de «lo» significado) sin advertir y justificar por qué puedo formar un juicio sobre zonas en que «lo» significado es de diversos niveles, diciendo que «no se pasa de uno a otro», pues con ello ya se significa que «ha pasado de uno a otro» para decirlo con sentido.

Es decir, ha *unificado* todo lo pensable bajo la unidad suprema con que de todo ello ha dicho que «es». Por esto ya estaba latente y operante en lo hondo esta más profunda unificación.

En otras ocasiones he querido mostrar que las teorías que se detienen en el Análisis lógico del Lenguaje, no han podido dar una explicación coherente y han incurrido en antinomias, precisamente porque el pensamiento, y su manifestación que es el Lenguaje, expresa una unificación suprema o última, que no se halla en el plano meramente formalizado (7), el cual no es el estrato más radical y fundamental. Ahora no voy a repetir lo que ya dije, ni resumiré estos estudios, a los que me remito. Pero me ha sido preciso mencionarlos, para que se entienda desde qué punto parto ahora, para avanzar más adelante en la solución del problema propuesto.

### III. *La cuestión de la noción suprema unificadora.*

Dejando ya de lado esta primera exposición de aspecto preferentemente negativo, que sólo muestra cómo no se puede llevar a fondo una Filosofía coherente del Lenguaje, es obvio que surja la pregunta: ¿cómo se estructurará de un modo positivo la solución fundamental buscada?

El problema podría esquemáticamente enunciarse así: 1.º para evitar el relativismo, no por decreto infundado, sino con coherencia; 2.º como para resolver las antinomias que surgen; 3.º y dar una última fundamentación al Lenguaje, es preciso hallar en última ins-

(6) En sus escritos póstumos *Philosophische Untersuchungen (Philosophical Investigations)*, Oxford 1953); *Bemerkungen über die Grundlagen der Mathematik (Remarks on the Foundations of Mathematics)*, Oxford-New York 1956).

(7) *Filosofía del Lenguaje y la Filosofía aristotélica de Tomás de Aquino*. «Pensamiento» (Madrid) 28 (1972) 29-79; *Análisis lógico del lenguaje y Metafísica*. «IX Semana Española de Filosofía (1967). Ponencias y Comunicaciones». Madrid, Consejo Sup. de Inv. Cient., 1969, pág. 409-418.

tancia en «lo» significado por el Lenguaje, un elemento unificador supremo; pero por otra parte surge entonces el problema sobre cómo explicar la diversificación, que no destruya, la unidad de la ciencia al señalar la multiplicidad de «lo» significado.

La solución que ya de antiguo se ha indicado, y que hemos de examinar y discutir, va a buscar cuál es esta significación última y suprema, *esta noción contenida en cualquier otra*.

Ante todo está claro que buscamos esta captación dentro del nivel científico, o pensamiento reflejo que busca qué «es» lo que «es»; es decir, en el nivel del pensamiento que da razones y las traba en un sistema coherente.

Si bien lo que se halla a este nivel *regirá* el nivel empírico, no obstante este nivel científico no se *dará empíricamente*. Con otras palabras más claras: si con mis ojos capto un campo de figura triangular, esta captación está en el nivel semántico inferior, de intuición sensible-existencial; si subo al nivel matemático, podré decir: «en la medida en que este campo se aproxime a ser un triángulo, la medición de su área necesariamente se aproximará a ser lo que expresa la fórmula  $\frac{1}{2} ba$ ». Lo expresado o significado en este segundo caso a este nivel semántico, no «existe» en aquel mismo sentido en que decía que el campo «existe». Pero se equivocaría quien por ello creyese que aquella expresión no tiene *ninguna realidad*; lo expresado o significado por esta segunda expresión tiene alguna realidad, puesto que rige, condiciona, el comportamiento de lo expresado o significado por la primera. Por tanto sería fútil la objeción del labriego que dijese: «con mi arado nunca he tropezado con la fórmula del área del triángulo». Cierto, no ha tropezado con ella, pero si no la tiene en cuenta, se encontrará que al calcular cuántos sacos de semilla se requieren para sembrar su campo, le sobrarán o le faltarán sacos. Aquella expresión no-existencial, digamos así, rige el comportamiento de lo dado existencialmente.

De modo semejante, aquella captación última, que unifica, como decíamos antes, toda la variedad de estos sentidos con que el hombre formula diversas ciencias a distinto nivel (captación última que se requiere para que pueda excluir el escepticismo y relativismo, es decir, fundamentar la verdad «absoluta») tendrá algo de realidad en lo expresado o significado por ella, puesto que regirá el comportamiento de cualquier otra zona o nivel: y sería fútil la objeción que tantas veces oímos de labios de los neopositivistas, de que «no tiene ninguna realidad», como aquel labriego que dijese que nunca ha tropezado con ella moviendo el arado.

Se plantea, por consiguiente, una doble cuestión: 1.<sup>a</sup> ¿cuál es esta noción suprema o más profunda, que dé unidad a tan gran variedad de niveles semánticos del Lenguaje?; 2.<sup>a</sup> ¿qué realidad tiene? ¿qué consistencia?

Hemos de examinar estos dos puntos por separado, empezando por el presente estudio por la primera.

#### IV. *Múltiples niveles de «consignificación».*

¿En qué convienen la noción de triángulo equilátero y la de triángulo escaleno? La pregunta equivale a decir: ¿qué queda cuando quitamos lo diferencial? «Prescindiendo» de lo diferencial en ambas (no «negándolo»), es decir, la «equilateralidad» y la «escaleneidad», queda la noción de triángulo «como tal», «ut sic».

Cualquiera de estas dos diferencias no se «niega» en la noción común remanente, pues si la noción de triángulo «negase» la equilateralidad, ya no se podría decir que el equilátero es triángulo; pero si se «dice» o se significa, esto es, si la noción de triángulo «incluyese» la de equilateralidad, entonces tampoco podría decirse del escaleno, que es triángulo. Por tanto, aquella noción común, remanente, «prescinde», o «no dice» —ni afirma, ni niega— de la diferenciante.

Puede parecer que no había para qué yo recordase ahora esta noción tan conocida de lo que es «prescindir», «precisión». Sin embargo la experiencia enseña que, aunque esta noción sea conocida teóricamente, en la práctica se olvida, puesto que ciertas objeciones que se proponen, vienen precisamente de este olvido, sin el cual ni se plantearían.

Según esto, ¿cuál es la noción *última* o fundamental *consignificada* en cualquier otra noción, cuando el hombre rebasa la zona meramente empírica y formula juicios y ciencias, es decir, da una trabazón sistemática o porqués?

Desde luego he empleado una palabra nueva para algunos (pero corriente en autores de Lógica escolástica); he dicho «la noción última *consignificada*». Esto es: puedo «significar» algo, cuando la «intención», la «de-signación» del signo se refiere *primariamente* a un término; pero cabe también que esta «intención» o «de-signación» del signo se refiera secundariamente a otros elementos o realidades que *van con ello*, como algo también en cierta manera significado. Por ejemplo, si digo «Luis viene», no designo primariamente que «Luis existe»; pero como si no existe no puede venir, queda «con-significado» que Luis existe; si digo «Luis corre», por lo mismo con-significo que «se mueve», pues no puede correr sin moverse (8).

---

(8) Desde luego todos los elementos o notas que se hallan implicados en la comprensión de los términos; y no sólo a «un» nivel semántico, sino en «todos» los niveles semánticos con los cuales pueden nuestras ciencias y pensamiento expresar el contenido de estos términos; más lo importado por la cópula «est» (ya expresada, ya sobrentendida), no sólo

Pues bien, esto nos preguntábamos: en medio de la enorme variedad de niveles o zonas de lo significado, ¿cuál es el último estrato consignificado, aquél en el cual hallamos aquella unidad requerida, según decíamos antes?

V. *Los niveles más destacados de «consignificación».*

El nivel de lo captado sensiblemente, tanto si lo captamos con nuestros sentidos, como si con aparatos científicos de observación (que al fin no son más que sentidos perfeccionados), es decir, tanto en lo macroscópico, como en lo microscópico, no expresa toda la hondura de la realidad. Hay estratos más profundos consignificados, con que la ciencia pretende dar la explicación de lo sensible, la razón o por qué, el ser de este ser.

Cuando el químico pasa desde la palabra «agua» (expresión o signo que se refiere al contenido de la intuición sensible de una realidad fluida, transparente, incolora, insabora, etc.), pasa, decimos, desde aquí a la noción de  $H_2O$ , ha penetrado más hondamente en busca del ser de este ser; no ha negado que  $H_2O$  se haya de traducir *al nivel sensible* como algo fluido, transparente, incoloro, etc., pero ha mostrado un estrato más hondo consignificado implícitamente en el primero, por cuanto el primero lo requiere como explicación o por qué.

El nivel en que nuestra Filosofía se mueve es precisamente un nivel que no sólo rebasa lo sensible en cuanto sensible, sino que es más hondo que el de la reflexión meramente científica. Tanto si alguien admite esto que digo, como si no lo admite, por lo menos nadie negará que pueda tener interés hacer notar (para evitar malentendidos de ignorancia), saber, a qué nos referimos. Un intento de demostración, lo di en un estudio al que puede acudir quien desee una ulterior explicación de este punto (9).

Con esto quedan indicadas tres zonas o niveles, dentro de lo que nos afecta existencialmente: 1.º el de lo dado sensiblemente; 2.º el de lo captado por la mera Ciencia experimental, que en cierta manera, más lejana, todavía es sensible (o si uno no teme decir esta palabra: todavía es de un contenido *material*, que incluye lo sensible con que se nos manifiesta la materia); 3.º el nivel de la Filosofía, que buscando el porqué de estos porqués, con nociones cuyo contenido prescinde de la materia en cuanto manifestada sensiblemente, da un contenido metasensible.

---

en el sentido meramente copulativo, sino en el sentido existencial que importa en uno u otro nivel, etc.; todo ello podemos convenir en llamarlo «consignificado».

(9) *Traducción al nivel humano del tecnicismo de la Ciencia y Filosofía*. ESPÍRITU 20 (1971) 16-28. Véase, *ibid.*, 34-49.

Ha sido preciso indicarlo, para que se entienda lo que seguirá ahora; pero quien no lo admitiese, podría continuar en la discusión, porque sean cuales sean los estadios o niveles intermedios, todo confluye ahora en decir que no nos basta la hondura de ninguno de estos tres niveles previos señalados ahora.

En efecto, si la noción unitaria suprema consignificada en nuestro Lenguaje y pensamiento, no penetrase más hondo que lo hasta aquí dicho, podría solamente resolver los problemas *que se planteasen a esos niveles*: pero no podría resolver las dificultades que requieren un nivel más universal, más necesario, más profundo.

Por ejemplo, todos percibimos que tiene sentido y es verdadero el aserto: «absolutamente nunca podrá ser verdadero el aserto que refiriéndose a estos momentos actuales, diga que en ellos yo no estaba escribiendo, o leyendo, u oyendo». Aquí hay una exigencia desligada de toda condición temporal o material o contingente: absoluta; el pensamiento de tal modo va a lo metasensible, que rebasa toda zona particular. Sólo así se puede rechazar de un modo coherente el relativismo, porque si pudiese uno con verdad negar en un sentido, aquello que otro con verdad en el mismo sentido ha afirmado, lógicamente se destruye tanto el pensamiento como aquella realidad que así fuese, pues dando lo mismo ser que no ser, no podría decir que es.

Así como la exclusión del relativismo de un modo fundamentado importa una unidad suprema, que por tanto tendrá esta absoluta trascendencia que lo abarca todo en su extensión, así también nuestro pensamiento procede de igual manera cuando por medio del Lenguaje no sólo formula ciencias a distintos niveles, sino que examinándolos, también enuncia juicios sobre *todos ellos*: dice del nivel empírico que es tal o cual, dice del nivel de la ciencia física todo lo que sabe esta ciencia como rigiendo el anterior, dice del nivel matemático que sus enunciados formularán los asertos y leyes físicas, dice a un nivel más hondo que ninguno de ellos puede ser lo que es y en el mismo sentido no serlo. Luego es necesario hallar esta noción en última instancia consignificada, que expresa algo en que convengan todos estos niveles.

Para hallar la solución al problema planteado, ayuda ante todo advertir un punto capital y del mayor interés: que la noción últimamente consignificada ha de ser tal que en su *extensión* abarque no sólo todos los niveles de lo existente y existencial, sino también el mismo nivel formalizado (que es el que a veces es llamado de «esencias», o de los εἶδη, o en la terminología de la filosofía aristotélicotomista, nivel de las «esencias posibles»); pero por lo mismo, en su *comprehensión* ha de prescindir, no negar, de lo existente «en cuanto existente»; de lo posible en cuanto «meramente» posible (es decir, en cuanto niega de sí la existencia actual); de lo material «en cuanto material».

Es tal la maravillosa naturaleza de nuestro pensamiento y del Lenguaje, expresión suya, que si bien designan «el» significado para expresar así más unitariamente «lo» significado (de lo contrario haríamos como los brutos, ceñidos meramente a designar lo singular-material presente en la sensación o en la memoria), además de esto otras veces pasa a tomar como objeto de su atención y estudio precisamente «el» significado; y entonces en cierto sentido coinciden «el» significado o «forma» con «lo» significado (aunque por otro lado, como indicábamos antes, siempre quedará cierto poso irreductible, de «lo» significado, que hará plantear en una instancia ulterior la pregunta de su consistencia o hipostatización o radicación existencial).

Teniendo en cuenta este rasgo típico del pensamiento y de su expresión por el Lenguaje, el lógico-matemático, nos encontramos con que el Lenguaje a veces primariamente significa precisamente estos εἶδη.

Pero estos εἶδη son inmateriales: 1.º su contenido «prescinde» de toda materia (la noción de: «por consiguiente...», «necesariamente», «universalmente», etc., no están al nivel de un hierro, ni en el de un electrón, ni en el de una radiación gamma); 2.º en el caso de que además alguien busque qué correlato existivo se requiere para que les dé consistencia o soporte existencial (tanto si lo hace con la primera solución platónica que hipostatizaba las Ideas; como si con la solución platónica ulterior que tendía a hipostatizar los Números; como si lo hace con Husserl en el tiempo en que ponía los εἶδη existiendo en la realidad sensible; como si lo hace al modo de S. Agustín, exigiendo un correlato absoluto, Idea subsistente; o al modo aristotélico con un Pensamiento puro, etc.), entonces en la misma medida lo consignificado exige que el contenido requiera más o menos lejos una realidad existencial que «niegue» de sí toda materia (no sólo «prescinda» de ella, como antes, es decir según el n.º 1).

Aquí tocamos precisamente el nivel semántico más profundo, más unitario, por tanto más universal y más necesario. En otras palabras, es el nivel semántico propio de la Metafísica, que busca precisamente cuál es esta suprema captación consignificada en última instancia, contenida en cualquier otra, tal que en la suprema y última unidad de su comprensión abarque la extensión de todo lo real o pensable. •

#### VI. *La última noción consignificada.*

Es interesante que la palabra latina *conceptus* contiene la idea de «recibir-juntamente» (cum-capio); como en griego συν-ίημι (σύνεσις, συνετός); como en castellano decimos «comprender» (cum-prehendere); o en alemán «begreifen» y «Begriff».

Efectivamente, la «sociabilidad» o «insociabilidad de notas», es decir, esta unidad suprema que captamos gracias a la cual podemos decir «es», esta aprehensión que no manifiestan tener los animales, por la cual quien conoce, «conoce que conoce», lo que pone «téticamente» con la maravillosa unidad de reflexión que nos permite «afirmar» (poner en firme, ante el devenir de nivel material-sensible-contingente): esta captación unitaria que no sólo «dice», sino «dice que dice», excluye por lo mismo que *en aquel mismo mismo sentido* en que ha dicho «es», haya *en el mismo sentido* y en cuanto tal, el «no-es».

Con otras palabras: es la «aptitud para existir» esta última captación de «sociabilidad» de las notas; «aptitud para existir» que se da tanto en el nivel de existentes sensibles (o intuibles como «dados») como en el nivel de existencia que tienen las «esencias», por ejemplo la zona matemática.

Tanto captamos como cumplimiento último y radical de la consignificación del término significante, esta suprema unidad, que no sólo rige todo lo que se nos ofrece *dándose*, existiendo actualmente, sino hasta en el nivel más radical de condición de lo que *pueda darse*, es decir, el nivel de esencias posibles, en el matemático, en el lógico, por muy alejada que cualquier expresión esté de lo que sería un existir actual. Con otras palabras, la sociabilidad o suprema unidad es la «aptitud para existir».

La dificultad con que se encontraba Frege (al oscilar pendularmente entre *Sinn* y *Bedeutung*, admitiendo suprepticamente una ontología, que no justificaba, pero que no podía consecuentemente eliminar); y Husserl (al oscilar entre poner como «mentado» o significado, 1.º los εἶδη como existiendo en lo concreto, 2.º o separados, *como tales*, y en este caso, a) ¿universales *in re*? b) ¿universales proyectados por un «yo» monadológico?), esta dificultad, digo, aunque planteada diversamente, en el fondo es la misma dificultad con que se encontraba Platón.

Para comprender mejor esto que voy diciendo, véase, por ejemplo, cómo Francisco Suárez hace notar la dificultad que Aristóteles hallaba irresuelta en Platón: «el inconveniente que se sigue de la opinión de Platón, que ponía que la *idea* de hombre separada, era de suyo *el hombre* y que los individuos lo serían (i. e., serían «hombre») por participación de ella. De ahí resultaba que si *hombre* significa ambos (i. e., ya la *idea* de hombre, ya el *hombre* existiendo que participaría de ella), sea la forma sin materia, es decir, la Idea, sea el compuesto, entonces lo significaría (al hombre existiendo) analógicamente, lo cual es absurdo» (10), pues el individuo «L» que es hombre,

(10) SUÁREZ: *Disp. Met., Index in Met. Arist.*, In libr. VII, cap. III, en la edición Vives pág. XLIII: «...inconveniens. quod sequitur ex sententia Platonis, qui ponebat ideam hominis separatam, esse per se homi-

no es analógicamente «hombre». Es decir, había también en Platón la ambigüedad de tener que pasar «del »significado, a «lo» significado: quedaba siempre un poso semántico irreductible a la esencialización o formalización: «Y por ello concluía Aristóteles tácitamente que todo esto significa el mismo hombre (i. e. el conjunto del eidos con su existencialización material) y no la forma sola» (11). A esto añade Aristóteles, sigue diciendo Suárez, que la concepción platónica, según la cual los signos del Lenguaje «significaban solamente las formas» (o eidos), podría tener utilidad para las ciencias que precisamente estudian «separadas de toda materia» (es decir, las matemáticas), pero no sirve cuando se trata de lo dado sensiblemente; por lo cual concluye Suárez: «nomen significans substantiam sensibilem, non potest significare formam separatam a materia» (12).

Suárez interpreta las palabras de Aristóteles, cuando éste habla *more platónico*, como si la substancia sensiblemente existente no fuera más que la Idea, de manera que este modo aristotélico de hablar no fuera entonces más que acomodarse a su modo de hablar precisamente para mostrar a Platón que no podía ser así: «concuerta con el modo de hablar de Platón, no porque esté de acuerdo con él de hecho, sino más bien para concluir que no puede la esencia de las cosas materiales consistir en la sola forma» (13).

Es decir, quien quiere acercarse a un límite dividiendo el segmento que lo separa del límite, por la mitad y luego la mitad de esta mitad y así sucesivamente, se acercará al límite como una asíntota, que nunca lo alcanzará: asimismo el examen profundo de lo que está entrañado en el pensamiento judicativo humano, manifiesta que descubriendo el ser de este ser que está existiendo sensiblemente

---

nem; individua vero participatione illus. Hinc ergo fit, si *homo* significat utrumque, et formam sine materia quae est idea, et compositum, analogice significare illa, quod est absurdum. Quis enim dicat Petrum esse analogice hominem? ita ergo tacite concludit Aristoteles haec omnia significare ipsum tantum, et non solam formam. Et hoc videtur esse, quod obscurissime Aristoteles subdit, scilicet illam resolutionem Platonis, nimirum nomina haec significare solas formas, ad aliquid fortasse aliud esse utile, puta in substantiis abstrahentibus a materia, in sensibilibus vero nihil conferre, quia substantia sensibilis non dicit solum quod quid erat esse, nisi *homo anima dicatur*, quod est absurdum, et ideo nomen significans substantiam sensibilem non potest significare formam separatam a materia».

(11) Ibid., pág. XLIII.

(12) Ibid.

(13) Ibid., pág. XLIV: «...et ideo Aristoteles ita etiam loquitur in ea sententia, ac si in substantia sensibili non sit alia forma praeter ideam; ideoque saepe ab una ad aliam transitum facit. Hinc etiam est ut nomine *quidditatis*, seu *quod quid erat esse*, saepe non totam rei essentiam, sed solam formam significet, conveniens in hoc modo loquendi cum Platone, non ut in re illi consentiat, sed potius ut concludat non posse *quod quid est* rerum materialium in sola forma consistere.

ante su captación, descubre en él un nivel semántico más profundo que estaba consignificado con la primera aprehensión sensible; enriqueciendo el contenido de su ciencia con nuevos elementos, tiende como una asíntota a un límite en que se identificarían «esencia» y «existir» (paralelamente: en el sujeto pensante, «pensar» y «ser»), límite que a su nivel humano es sólo *parcialmente* alcanzable, pero radicalmente inalcanzable del todo, a su nivel: en toda designación semántica hay siempre implícito algo de εἶδος; en todo εἶδος queda un remanente semántico, no totalmente formalizado o esencializado, que exige una hipostatización existencial; no puede el pensamiento humano reducir todo su pensar a la intuición semántica sin que quede nada sintáctico (pues entonces, ni podría «decirlo» o significarlo a otro, ni «decírselo» a sí mismo); y en toda formalización sintáctica, queda siempre un remanente semántico, por muy alejado que se capte de la realidad existencial presente. A nuestro nivel humano, «el» significado y «lo» significado nunca se identifican totalmente, a través de logros progresivos; pero exigen otro nivel superior, en que no haya este proceso judicativo, sino en que la misma Idea sea todo el Existir, y en sí lo conozca todo, con esta absoluta Unidad.

Y esta es la raíz por la cual Kant se encontró con la íntima y fundamental contradicción que le hacía establecer la «cosa en sí» como totalmente inalcanzable por el pensamiento humano (que sería «fundante» de las formas universales y necesarias de las ciencias), pero a la vez ya habría de haber alcanzado este remanente «en sí», para que su mismo aserto de que no podía alcanzar lo que influía en su sensibilidad, tuviera sentido.

Como también estableciendo el principio, expresión suprema de esta unidad en forma de ley (el principio de No-contradicción) como puramente formal y analítico, le daba algo de síntesis semántica, pues de lo contrario ni siquiera habría alcanzado con su reflexión sus propios actos de conciencia, dentro de la inmanencia de su conciencia, como existiendo «en sí», sino meramente habría dicho que él había de hablar de ellos, «como si» hiciese una crítica de la razón pura, sin hacerla.

Esta es la misma razón por la cual Hegel se encuentra que colocando al nivel humano pensante esta formalización suprema del «ser», en un «devenir» onto-pensante, no puede ni podrá nunca justificar por qué este «devenir» «no deviene» (con lo cual se destruiría su sistema), es decir, por qué esta ley suprema del hacerse triádico lo rige todo permanentemente e inmutablemente, si está ella misma no como residuo semántico a modo de Logos separado o Dios, sino identificada con el mismo hacerse. Por lo mismo tampoco llegará nunca Hegel en su deducción, desde la especie hasta el individuo en cuanto individuo «tal», sino que siempre le queda un poso irreductible en que «el» significado, no se adecua totalmente a nuestro nivel con «lo» significado.

Por el contrario, nuestra Filosofía reconoce al nivel humano esta radical indigencia; atribuye al «modo» humano de conocer que hasta captando la raíz unificadora suprema, ésta *no se dé «así como tal» existencialmente*, sino sólo *fundamentalmente*, con un fundamento que de manera inmediata lo remite al nivel metasensible o filosófico, y mediatamente se da en un omnifundante absolutamente Necesario y que abarque todo el horizonte de lo real o inteligible, es decir, Infinito.

Quedándonos ahora en el primer paso de este proceso, nos es preciso reconocer que tanto cuando designamos expresamente lo *existente*, como cuando hablamos de la zona o nivel de los εἶδη, o de la formalización, o de las esencias, o de lo meramente posible, etc. en ambos casos captamos esta radical exigencia suprema y absoluta de «sociabilidad»: luego la última captación del pensamiento y del Lenguaje «prescinde» (no niega) de que 1.º se realice tanto en el existente *actu* (si existe, también es capaz de existir, tiene esta aptitud para existir o sociabilidad de sus notas), 2.º como en el *meramente* posible o esencia posible (14): es esta captación de sociabilidad, o radical exclusión de contradicción, o intrínseca unidad, el soporte que justifica el pensamiento y el Lenguaje (15); y por no tenerlo en cuenta se han encontrado los autores de Análisis lógico del lenguaje, o cualquier cientista o positivista, con que no han podido explicar coherentemente el problema de las antinomias, que surgen precisamente cuando la fundamentación última requeriría la autopredicación que no puede admitirse en un lenguaje que tomase como si fuera nivel primario un nivel que es derivado, o sea que no tiene esta absoluta trascendencia y unidad.

Esta noción de que hablamos, tiene contenido o comprensión: excluye solamente lo «insociable», o «intrínsecamente contradictorio». Esto es lo llamado por Suárez «ens rationis», mientras por el contrario el nivel semántico más profundo está en lo que él llama «ens

(14) SUÁREZ, *Disp. Met.* 2-IV-3: «*Ens*, etiam sumptum pro ente reali (ut nunc loquimur), non solum tribui rebus existentibus, sed etiam naturis realibus secundum se consideratis, sive existant, sive non; quomodo metaphysica considerat ens [...] Sed *ens* in hac significatione non retinet vim participii, quia participium consignificat tempus, et ita significat actuale exercitium essendi seu existendi, et ideo haec vox, *existens*, numquam dici potest de re quae actu non existat, quia semper retinet vim participii verbi *existo*; ergo necesse est *ens* in hac posteriori significatione sumi vi nominis»; *Ibid.*, n.º 5: «Si ens sumatur prout est significatum hujus vocis in vi nominis sumptae, ejus ratio consistit in hoc, quod sit habens essentiam realem, id est non fictam, nec chymericam, sed veram et aptam ad realiter existendum».

(15) SUÁREZ, *Disp. Met.* 2-IV-7: «Dicimus essentiam realem esse, quae in sese nullam involvit repugnantiam, neque est mere conficta per intellectum»; «Solum dicere possumus, essentiam realem, eam esse quae ex se apta est esse, seu realiter existere. His ergo modis, potest a nobis communis ratio entis declarari».

reale», que no se dice solamente de lo existente *actu*, sino de cualquier nivel o zona (por elevada que sea su abstracción) de lo que él llama «esencias posibles» (16).

#### VII. *La suprema transcendencia da autopredicabilidad.*

Observemos la argumentación que dan con frecuencia los autores de Lógica simbólica: demuestran que surgen las antinomias por la autopredicabilidad a base del caso de que tuviese esta suprema transcendencia autofundante que admite al autopredicabilidad, un nivel que no lo admite, como sería  $\text{Impr. (F)} \equiv \sim \text{F (F)}$ , para obtener por sustitución,  $\text{Impr. (Impr.)} \equiv \sim \text{Impr. (Impr.)}$ , y de ahí (hecha ya indebidamente esta sustitución, pues con símbolos «unívocos» no cabe la «analogía» del «ser»)  $p \equiv \sim p$ , según expuse en otra ocasión (17).

Por ello, si bien es antinómico decir «pienso con verdad que no pienso con verdad», en cambio no aparece ninguna antinomia en que diga: «pienso con verdad que pienso con verdad», sino que es una autopredicación correcta.

La Verdad que (como propiedad del «ser») es absolutamente trascendente, es la «inteligibilidad» o capacidad radical de todo ser para poder «terminar» (ser término del «signo») el pensamiento y su Lenguaje. Pero la Verdad lógica o predicamental, no es absolutamente trascendente, sino que puede a veces darse y otras no, porque ya no expresa esta radical «inteligibilidad» de todo lo real, de todo ser en cuanto ser, sino la adecuación actual de «tal» pensamiento, respecto de «tal» realidad, en lo cual cabe la falsedad.

Entonces sí, si digo: «digo, con verdad, que *este aserto subrayado es falso*», por ser verdadero, resulta falsa y por ser falso resulta verdadero. Pero cuando Aristóteles decía al relativista o escéptico: si dices «dudo de *todo*», entonces también «dudas de que dudas de todo», hacía Aristóteles una perfecta argumentación de autopredicación, que en el fondo no hacía más que mostrarle que si el «todo» era tomado aquí en el sentido absolutamente trascendente ahora indicado, su caso particular de escepticismo, habría de estar incluido, por hipótesis, en su extensión de «todo», y con ello quedaba excluido el escepticismo; pero si no podía incluirlo, entonces queda-

---

(16) Para mayor declaración de este punto puede verse mi artículo: *Investigación sobre los problemas que plantea a la Filosofía moderna el ente de razón*. «Pensamiento» (Madrid) 11 (1955) 285-302; este trabajo fue integrado, con algunos retoques, en el volumen: *Estudios de Metafísica*. Col. «Libros: Pensamiento», n.º 2. Barcelona (Ed. Juan Flors) 1959; cap. IV. p. 95 ss.

(17) Véase el artículo citado en la nota 7, en primer lugar, pág. 42, nota 46.

ba demostrado que no podía «significar» nada el aserto escéptico, pues pronunciándolo con sentido, ya admitía «algo» absoluto (su misma «afirmación» escéptica), es decir, admitía implícitamente este nivel más profundo, radical, analógico, que es el ser de la Metafísica.

Es interesante observar con cuánta frecuencia sucede que haya filósofos que hasta sin darse cuenta explícitamente de esta solución fundamental, no obstante de hecho la tienen presupuesta (18).

Evidentemente nos queda todavía por explicar dentro de la concepción que hemos expuesto, cómo se realiza esta Analogía o paso desde la noción captada como absolutamente trascendente, a la de una captación categorial, o problema de la Analogía. Este punto puede ser objeto de una investigación ulterior.

JUAN ROIG GIRONELLA, S. I.

---

(18) TEENSMA, E.: *The Paradoxes*. Assen (Royal Van Gorcum Ltd.), Netherlands 1969; pág. 41: «The paradox of the liar is due to a habit that urges us (in one special case) to consider a sentence as true on the ground of its being false. It can reasonably be held that to obey such a habit is to commit a mistake». — Por nuestra parte diríamos que esta solución queda superficial; por la razón de que este «habit» se debe precisamente a que siendo connatural al pensamiento humano y a su expresión por el Lenguaje, la capacidad de expresar su captación de la realidad más allá de lo sensible-material-singular, mediante un proceso indefinido que se debe a su aprehensión del «ser», el cual es capaz de la autopredicación sólo en este nivel supremo, se comete «a mistake» cuando se toma como si fuera este nivel supremo, aquello que no lo es (por ejemplo el de la verdad «lógica», o el de las esencias «formalizadas»): entonces puede sobrevenir la contradicción de la paradoja del mentiroso de Epiménides, o la imposibilidad para el Lenguaje formalizado de la Lógica simbólica (que usa solamente símbolos «unívocos») respecto de su autofundamentación, o para justificar los casos legítimos de autopredicación.